taurado por los emperadores. Tuvo como otras tantas ciudades la desgracia de ver asolados sus monumentos por las frameas de los bárbaros y el desconsuelo de no encontrar quien la levantara de entre los escombros; vióse durante muchos siglos abandonada, oscurecida, despreciada, muerta para las generaciones que la rodearon; mas no por esto dejó ni podia dejar de existir una ciudad puesta al abrigo de una sierra pintoresca, cercada de una rica y espaciosa vega que bañan las aguas de dos rios y multitud de arroyos, llena de vida en sus alrededores. Convidados los árabes por la fecundidad del suelo y su constante afan en habitar risueñas campiñas regadas por caudalosas corrientes, la miraron con la predileccion que los romanos, y ya que no la enriqueciesen con soberbios templos ni alcázares suntuosos, la dieron los rios y los arroyos por esclavos y un valle delicioso y fecundo por alfombra. Labraron en ella una mezquita y al parecer una casa de armas; mas no en esos monumentos, sino en su sistema de cultivo y riego dejaron perpetuado el recuerdo de su dominacion benéfica.

Hoy es aun Antequera una de las ciudades mas bellas y animadas del centro de Andalucía. Situada al pié de una colina en cuya cumbre no quedan ya mas que los escasos restos de un castillo, salpicada de monumentos cristianos del siglo XVI que hierguen sus torres y sus cúpulas sobre las tres mil casas que cuenta en su recinto, animada sin cesar por los murmullos de las aguas que fertilizan sus contornos, dibujada para el que la mira desde el norte sobre la falda de la sierra del Torcal, sierra grave é imponente como todo lo grande, bella como todo lo que la naturaleza cubre con sus mas pingües dones, caprichosa y fantástica como esas misteriosas grutas formadas por las revoluciones de la tierra, presenta todavía un conjunto agradable y pintoresco no solo á los ojos del que acaba de atravesar las ásperas sierras de la frontera septentrional de Málaga, sino hasta á los del que viniendo del mediodia ha tenido lugar de admirar ciudades enclavadas en medio de vastos y risueños valles que limita por una parte el mar y por otra montes de cumbres desiguales coronados de torres y atalayas. No reune grandes bellezas artísticas á pesar de lo numerosos que son en ella los monumentos con que la embelleció la piedad de reyes, barones y prelados, porque sujeta como los demas pueblos á las vicisitudes del gusto, y no conservando casi nada

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

de los templos en que doblaron las rodillas sus conquistadores apenas deja entrever en el fondo de sus frias naves greco-romanas ni un solo rasgo de ese estilo poético de la edad media, tan propio para hacernos sentir la inmensa grandeza del que pudo concebir el mundo; mas tiene en cambio recuerdos que no desaparecerán ni con la última de sus piedras, recuerdos que bastarán para embellecer sus ruinas si llega algun dia á querer borrarla el destino de la faz de esa tierra que la ha visto en mejores tiempos cubierta de gloria y de poesía. Dónde estuvieron las antiguas casas del cabildo hay ahora un arco de sillería que no sin razon lleva el nombre de arco de los Gigantes; y este arco, hoy aislado, es una historia, es un libro de piedra que tiene por hojas lápidas de la antigüedad romana, por leyenda firmas y hechos de personages cuyos nombres dispersos y perdidos durante mucho tiempo en médio de las creaciones heterogéneas de veinte siglos son el resúmen, la cronología, la síntesis de una época. No solo estan consignados en ese album los principales sucesos de Anticaria; léense tambien en él los de Singilia, los de esa antigua ciudad sita á orillas del Guadalhorce, en lo alto de un monte cubierto aun de mármoles, alabastros, búcaros, sepulcros, algibes, ruinas de una vasta ciudadela cuyos muros podian contener hasta cinco mil soldados, restos de una naumaquia, vestigios de uno de esos anfiteatros donde luchaban entre sí los gladiadores para divertir á un pueblo embrutecido. Los que libraron de algun azote á esas ciudades, los emperadores que las favorecieron, los que levantaron templos en honor de los dioses del Olimpo, los que merecieron bien de los mismos municipios, hasta los que llenos de amor consagraron una memoria funeraria á sus familias tienen grabado allí para siglos el recuerdo de sus generosos sentimientos. ¡Ah! ¡Quiera Dios que no desaparezca jamas ese arco histórico! ¡Permanezca cuando menos para mengua de los pueblos que se han atrevido á sentar sus oscuras viviendas sobre los sepulcros de sus héroes! Ciudades que, como la mayor parte de las nuestras, no brillan sino por su pasado, deberian recoger con afan esos restos qüe tanto pueden favorecer su orgullo y servir tal vez para esplicar su caida.

Álzanse aun en la cumbre del monte, á cuyo pié está la ciudad, viejos muros y sombrías torres, ruinas aun elocuentes del castillo. Nada hay que admirar tampoco en él, nada hay que pueda hablar á

Patronato de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

los ojos ni al alma del artista; mas ¡qué de recuerdos no brotan tambien de esos escombros, presa ya de una vegetacion parásita que va minando hasta lo mas hondo de sus cimientos! Contra esos muros hoy destruidos se estrelló el valor de Pedro de Castilla, ese monarca cuya voluntad de hierro vencia los obstáculos mas insuperables. En el fondo de esos torreones que va desmoronando el tiempo profirió sus mas enérgicas palabras aquel severo Alkarmen, que no sucumbió sino ante la inflexible ley de su destino; combatió y arrostró aquí la muerte Fernando de Antequera; pelearon y vencieron aquí los mas grandes héroes de su tiempo; logró al fin plantar aquí la cruz ese tenaz infante despues de haber pasado sobre la ciudad, cuyos hijos yacian insepultos entre los escombros. Fué este castillo en los primeros tiempos de la conquista el alcázar mas temido de los moros de Granada: vivian en él de alcaides los Narvaez, y era espantosa en los combates la lanza de esos bravos caballeros. Rodrigo, el primero de esa familia que poseyó la alcaidía de Antequera, fué respetado hasta de los mismos árabes, que admiraban tanto sus hazañas como los caballerescos sentimientos que desplegó al ver en sus manos la suerte de Jarifa y su desdichado amante (1). Al verse amena-

C.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

(1) Ese rasgo de generosidad de Rodrigo de Narvaez es una de las tradiciones mas populares que tenemos en España. Nos ha sido trasmitida por autores árabes y cristianos, ha sido cantada por muchos de nuestros romanceros, celebrada por Jorge de Montemayor, referida con bello lenguage y mucho sentimiento por Antonio de Villegas, que la publicó con el titulo de Historia del Abencerrage y la hermosa Jarifa. Consiste en lo siguiente: — Rodrigo de Narvaez, dicen, no dejaba de recorrer ni un solo dia los alrededores de Antequera. Salió una noche con nueve hidalgos; y movido despues de una larga escursion, tanto por el cansancio como por el espectáculo que ofrecia la naturaleza bañada por la luz de la luna y dulcemente agitada por frescas brisas que perfumaba el aliento de las flores, se apeó, se tendió sobre la yerba y se entregó á las tranquilas emociones que suele dispertar á tales horas la vista de campos risueños cobijados por un cielo puro. Sintió á poco rumor de pasos, montó rápidamente á caballo, dividió á los suyos en dos grupos, y se dirigió en silencio á una encrucijada por donde creyó que habia de pasar el que acababa de ponerle en alarma, que era un gallardo moro como de veinte y tres años, montado sobre una yegua andaluza, tan ligera que apenas dejaba impresa en el suelo la herradura.

Venia el moro cantando una cancion de amores llena de gracia y de poesía, tan preocupado al parecer por una idea, que pasó por junto á los cristianos sin reparar siquiera en ellos. No fué, sin embargo, esto bastante para dejarse sorprender por los del primer grupo, al verse acometido de los cuales enristró la lanza, derribó al que tuvo mas cerca, y dando del acicate á su caballo, escapó como una sombra dejándolos sin esperanza de alcanzarle. Corrió, voló, pero tuvo que detenerse al fin herida su yegua por un venablo que le arrojó Narvaez, que apenas vió á los suyos en peligro, se disparó como un rayo contra el audaz mancebo. No bien se vió cautivo, cuando arrojando con desden la lanza prorumpió en amargas lágrimas sin despegar los labios hasta que le hubo preguntado su vencedor quién era, á qué tribu pertenecia y la cau-

zado por los infieles cuando subió Mohamed el Zurdo al trono de Granada, salió de ese castillo con un puñado de valientes, se emboscó hácia la Peña de los Enamorados, cayó de improviso sobre los enemigos, y no contento con arrebatarles el botin que habian recogido en asoladoras incursiones, los persiguió é hizo tal estrago en ellos, que aun hoy es conocido el lugar de la batalla con el nombre de Torre de la Matanza, y al remover aquel suelo empapado en sangre es facil dar aun con espuelas, estribos, espadas y otras armas que tuvieron que dejar allí con los vencidos. Su hijo y sucesor en la alcaidía, Pedro de Narvaez, no fué tan afortunado como él; pero tuvo por su desgracia el mismo arrojo, la misma bravura que todos los de su linage. Los Abencerrages de Mohamed estaban á las puertas de Antequera mientras él iba recorriendo la frontera: regresa corriendo á la ciudad, llega hasta cerca de Riogordo, da con un ejército de infieles y empeña sin vacilar la lucha. No tiene fuerzas para combatir con tan poderoso enemigo; pero nada teme confiado en Dios, en su corazon y en el valor de sus soldados. Pierde á poco sus peones, que le vuelven sin rubor la espalda, pierde á poco las dos terceras partes de escuderos que le acompañaban, pierde al fin hasta los cincuenta

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

sa de su llanto, muy impropio en un caballero que tan buena razon acababa de dar de su valor y de sus armas. Contestó entre sollozos que era Abencerrage é hijo del alcaide de Ronda, y dió á entender tan bien que procedia su sentimiento de un motivo mayor que el de su cautiverio, que Rodrigo no veia ya llegado el instante de oir de su boca la historia de sus tristes aventuras.

Refirió el mancebo como hacia ya años que no vivia sino por la hija del alcaide de un castillo inmediato, muy enemigo de su linage. «Por mi Jarifa, añadió, he arrostrado la muerte en cien combates, y no siento mas que no haberla podido conquistar una corona para hacerla mi reina y cegar con ella los ojos de su padre. Hoy esperaba tener la ventura de llevarla á mi patria sobre la delantera de mi caballo: estaba ya concertada nuestra fuga, y estará la infeliz esperándome en vano entre las sombrías alamedas que crecen al pié de su castillo. No es el rigor de mi suerte el que me espanta, es la amargura que ha de sentir ella al ver que asoma el alba y su amante no parece.» No pudo continuar, pero bastó ya lo dicho para conmover á Narvaez, que le dió lanza y caballo y le dejó en libertad para ir á advertir de su desventura á la bella Jarifa bajo juramento de que se presentaria á la mañana dentro los muros de Antequera. Voló al castillo, habló á la mora, la encontró resuelta á ser compañera de sus infortunios, la puso en su caballo adornada con sus ricas joyas, partió á todo escape hácia Antequera, se arrojó á los pies del generoso alcaide, y le ofreció por rescate las alhajas de la sin par cautiva.

Mas no paró allí la magnanimidad de Narvaez: declaró libres á los dos amantes, embelleció con nuevas joyas la frente de Jarifa, la presentó á los caballeros y damas de la ciudad, intercedió por el moro al padre de la novia, y destacó una brillante escolta para que los pusiera salvos en las puertas de Ronda, patria del enamorado Abencerrage.

que le quedaban de tan desigual pelea; mas ni aun viéndose solo trata de ceder el campo á sus contrarios. Desesperado, frenético al contemplar á los suyos fugitivos unos, revueltos otros entre el polvo del combate, se precipita sobre las filas moras, y solo con la vida llega á soltar la espada. Dia de luto fué este para la ciudad, y aun mas para el castillo en que tantas veces animó sus tropas con palabras hijas de un corazon entusiasta por la gloria. Era la tenacidad una de las cualidades mas distintivas de esta raza: Hernando de Narvaez, digno hermano de ese desventurado D. Pedro, odiaba tanto la paz, que aun viéndose libre de enemigos en su término, no sabia dejar quietas sus armas. Invadia las fronteras de otras alcaidías al recibir noticia de que habian entrado en ella enemigos de Castilla; y si por acaso llegaba á sus oidos la fama de alguna derrota sufrida por los cristianos, no podia dejar de pensar luego en tomar por sí mismo la venganza. Sabedor del cautiverio del conde de Castañeda y el obispo D. Gonzalo, sin respetar treguas, sin oir mas que la voz de su ira, se armó, cayó sobre la hoya de Málaga, donde estaban los moros apacentando tranquilamente sus rebaños, la taló del uno al otro estremo, y no vaciló en aguardar á sus enemigos, que en número de mil infantes y cuatrocientos caballos acababan de salir de Málaga á las órdenes del bravo alcaide Aliatar, uno de los mas leales servidores que tenia á la sazon la corte de Granada. Avisáronle llenos de temor sus delanteros, y hasta hubo capitanes que le propusieron andar en retirada; pero no les contestó sino enristrando la lanza y acometiendo con furor al gefe moro, sobre cuyo cadáver pasó con todos los suyos entre un ejército que habia contado ya con su cabeza. Imposible parecia que un Narvaez volviese la espalda al enemigo: preferian morir á retroceder, como si temieran que ese mismo castillo que les servia de albergue se habia de desplomar sobre ellos desde el momento en que penetrasen vencidos en sus puertas cercadas de torreones.

La ciudad tiene tambien sus recuerdos; pero ¡ay! apenas quedan ya los monumentos en que los vinculó la piedad y el respeto de las generaciones de otros siglos. Entre tantas iglesias como cuenta en su recinto en vano busca ya el viajero la del Salvador, tumba de sus bravos alcaides, lugar siniestro en que la astucia del jóven Hernando dominó el débil y vacilante carácter de Enrique IV levantando ante su imaginacion sombras y espectros capaces de conmover co-

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

razones mas bravos que el de un monarca afeminado por toda suerte de placeres (1).

Monumentos que contengan algun recuerdo importante no existen ya en Antequera si esceptuamos el convento de S. Agustin, donde se conserva aun el blason de Ruiz Diaz de Rojas y Narvaez, padre político del segundo alcaide de la ciudad, caballero de los mas bravos que hubo en Andalucía, á quien no sin razon llamaban en su tiempo el héroe de la gran lanzada. Ganó Ruiz diez y siete banderas á los moros, y entre tantas batallas como tuvo se asegura que no salió nunca vencido ni enristró en vano su pesada lanza. Consérvanse, empero, en el convento los blasones, no esos gloriosos estandartes suspendidos por la mano de su hijo en los arcos torales de la iglesia. ¿No es doloroso por cierto ver borradas así las huellas de la antigüedad en un pueblo que fué cuna de tan nobles guerreros é ilustró con ellos las mas brillantes páginas de nuestra historia? El siglo XVI empezó á quitar ya á la ciudad el colorido poético que le daban los humildes monumentos levantados por los conquistadores; los siglos

(1) Temiendo el jóven alcaide que el rey pretendia quitarle el destino de su padre con el objeto de conferirlo al ambicioso Alonso de Aguilar, es fama que no quiso recibirle en la ciudad con mas de quince escuderos, que alzó tras ellos el puente para impedir el paso á las tropas castellanas, que le condujo luego al templo de S. Salvador, donde negros tapices que colgaban desde el techo al pavimento dejaban casi en completa oscuridad la nave alumbrada solo por algunas antorchas que brillaban ante el cadáver de Rodrigo, tendido en su ataud con las llaves de la ciudad en la mano. Hizo en breve Hernando aparecer á la vista de Enrique una procesion de frailes con cirios mortuorios que fueron á ponerse en ala ante el misterioso féretro; hizo á poco resonar bajo los piés del rey un sordo y vago rumor que terminó con la estrepitosa rotura de una losa por entre la cual salió un coro de mugeres medio desgreñadas, quejumbrosas al pronto, poseidas poco despues por la ira, agitadas luego por una desesperacion profunda que las llevó á cercar al rey y las obligó á decirle: ese cadáver que yace aquí fué un héroe: uno de nuestros mayores le entregó esas llaves; arrebatádselas si os atreveis: su hijo no podrá ultrajar ni ver ultrajar nunca la memoria de su padre. El rey se amedrentó, prometió á Hernando conservarle la alcaidía, y cuando no ansiaba ya mas que salir de aquel lúgubre recinto, vió con mayor sorpresa que antes descolgarse de repente los tapices, desaparecer frailes y plañideras y hundirse con estrépito el sepulcro de Rodrigo, quedando bañado en luz, en vida, en alegria el templo que no ha mucho parecia el teatro de la muerte. Alonso de Aguilar, al saber tan atrevido suceso, juró vengarse del alcaide, y hasta amenazó la ciudad; mas no desoyó su reto el valeroso Hernando, que cayó con los suyos sobre él y se cebó en las tropas que le acompañaban como si no fuesen tropas castellanas.

Esta tradicion existe aun viva en la memoria de los antequeranos. ¿Dónde está, sin embargo, el escenario de tan singular acontecimiento? ¿Dónde está la nave en que quepa á nuestra fantasía reconstruir ese aparato lúgubre, hijo de la ambicion, de la rivalidad, del escaso respeto que infundia á la sazon el trono de Castilla, del vergonzoso estado de los negocios políticos en una época en que nobles y prelados se atrevieron á destronar y á insultar en efigie á su rey no en el casco de una ciudad murada, sino á la plena luz del dia y en medio de los campos de Avila?

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

XVII y XVIII fueron quitándole uno á uno sus trofeos; el XIX al fin sepultó con mano implacable en el olvido los postreros vestigios de su gloria, sus últimos recuerdos. Los templos que han venido á sentarse sobre las ruinas de los antiguos presentan aun en su mayor parte belleza y magestad, elegancia y grandeza: las soberbias cimbras que sostienen sus bóvedas descansan sobre pilares cubiertos de arrogantes columnas; sus tabernáculos son ricos y suntuosos; sus pavimentos, de mármol; sus coros, muros de madera cubiertos de bellas esculturas; mas, frios, monótonos y sin historia, ¿dónde podrá el artista fijar con placer sus ojos? ¿Dónde esplayar su imaginacion el poeta? Antequera es ya una ciudad que apenas puede llamar la atencion sino por los favores con que la enriqueció la naturaleza. El viajero que corra en busca de grandes impresiones, que desee leer los sucesos en las mismas piedras que le sirvieron de teatro, que pretenda contemplar monumentos donde pueda ver reflejados el carácter y las instituciones de los pueblos, no puede hacer mas que echar sobre ella una mirada pasagera y seguirnos entre los ejércitos de cruzados que van á llevar la guerra al corazon de Granada y á sostenerla hasta que puedan doblar la rodilla ante el estandarte de la cruz enarbolado en una de las torres de la Alhambra.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

Capítulo vigésimo.

Advenimiento de Muley Hacen al trono de Granada. — Conquistas de este rey. — Primeras empresas de los Reyes Católicos. — Conquista definitiva de Alhama. — Descripcion de esta plaza. — Guerras civiles de Granada. — Conquista y descripcion de Ronda. — Muerte de Muley Hacen. — Proclamacion de Abu Abdala el Zagal. — Conquista y descripcion de Loja y otros pueblos. — Proclamacion de Boabdil.

De 1465 *á* 1487. Hemos llegado ya al último periodo de la historia de Granada. Dos reyes van pronto á jurar la ruina de este im-

perio, y los mismos árabes van á precipitarla con sangrientas guerras civiles. Muley Hacen su rey, es bravo, arrogante, impetuoso, entusiasta por la causa de su patria y el trono de sus mayores; pero mas que combata desesperadamente, no logrará detener su caida. Ganará todavía batallas y entrará triunfante en su corte, elevará por un momento á nueva altura su degenerada monarquía; mas su reinado no será sino la última llamarada de una luz próxima á estinguirse. Pesa ya sobre Granada el dedo de la fatalidad, y hasta la misma victoria será para ella origen de nuevas desventuras.

Subió Muley Hacen al trono cuando, reinando aun Enrique IV, estaba desgarrada Castilla por las sangrientas parcialidades de los nobles. No perdió ni una sola vez la ocasion de pelear que le ofrecian á cada paso esas mismas turbulencias: cuando no se sentia con fuerzas para atacar ciudades, acometia de improvise los castillos fronterizos, llevaba la desolacion y la muerte al campo de sus enemigos, mantenia en actividad el ardor guerrero de sus soldados empeñándolos en escaramuzas y luchas peligrosas. Ganó en una de sus invasiones la villa de Quesada, ante cuyos muros se estrellaron tantos ejércitos moros y cristianos; castigó con mano atrevida la rebeldía de su alcaide de Málaga, que al sentirse débil buscó el apoyo de los reyes de Castilla; deseoso de vengarse de D. Enrique por haber ofrecido proteccion á su enemigo, atravesó á la vez las fronteras de Córdoba, Sevilla y Murcia, y las pasó á sangre y fuego sin que se atreviese nadie á detener sus pasos; entró en la comarca de Martos á pesar de los caballeros de Calatrava que la defendian, taló la campiña, sorprendió los pueblos de Santiago y la Higuera, cuyos altares manchó con la sangre de cuantos estaban orando en este templo, volvió á Granada con mas de cuatrocientos cautivos, con acémilas cargadas de ricos despojos, con numerosos rebaños, con preciosos trofeos militares arrebatados al enemigo; y no bien supo la toma de Cardela por D. Rodrigo Ponce de Leon, ardió en tan vivos deseos de reparar la afrenta, que mandó al punto contra ella parte de su ejército, y al verla rechazada, salió, dió vista á la plaza, la batió con la artillería que llevaba y la obligó á doblar de nuevo la cabeza ante el estandarte del Profeta. Considerando como una humillacion toda derrota, no sabia dejar quieta la espada al recibir noticia de cualquier contratiempo: orgulloso y fiero, ni podia llegar á contener por mo-

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

mentos sus ímpetus guerreros, y hubiera salido á campaña aun sabiendo que en ella iba á perder la vida.

Al ceñir la corona de Castilla los Reyes Católicos calmó ese brio; mas no tardó en dejarse llevar otra vez de sus instintos de guerra y de venganza. Pidió treguas; y al oir que los embajadores cristianos le exigian en nombre de sus príncipes el pago de las parias estipuladas con sus antecesores, les contestó con arrogancia: volveos, y decid á vuestros soberanos qué ya son muertos los reyes que pagaban tributo á los cristianos; que en Granada no se labran sino alfanges y hierros de lanza contra nuestros enemigos. Preparóse para la lucha, y apenas supo que el marques de Cádiz habia entrado á saco Villaluenga, la torre de Mercadillo y otros lugares de la sierra de Ronda, se dirigio en silencio á Zahara, la atacó en una noche tempestuosa, pasó á degüello á la mayor parte de sus habitantes entregados tranquilamente al sueño, cautivó á los que pudieron escapar con vida, y regresó á Granada satisfecho su orgullo y ensoberbecido con el triunfo. Al entrar entonces en la Alhambra oyó entre las felicitaciones de los cortesanos palabras siniestras, hijas al parecer de un triste presentimiento; oyó la voz de un anciano que esclamó como impelido por una fuerza misteriosa: ¡ay! ¡ay! ¡ay de Granada! la hora de tu desolacion se acerca: las ruinas de Zahara van á caer sobre nuestras cabezas: llegó ya la hora en que va á hundirse en España el Imperio del Profeta; mas ni se estremeció ni consideró tan aterradoras palabras sino como inspiradas por un fanatismo religioso, indigno de hallar eco en el corazon de un rey á quien no logra intimidar el espantoso rumor de las batallas. Creíase invencible y despreció la profecía; pero no pasó mucho tiempo sin ver abatida su soberbia y estrellados sus esfuerzos al pié de una de sus ciudades, sin deber contemplar en la toma de una de sus principales fortalezas el origen de su ruina y la ruina de todo el reino. Rodrigo Ponce de Leon, deseando ilustrar su historia con una nueva hazaña, concibió la idea de ir á atacar nada menos que Alhama, llave de toda Granada, plaza de las mas fuertes que habia en la frontera, ciudad que por estar rodeada de muros y precipicios parecia estar al abrigo de toda clase de invasiones; poblacion que por hallarse enclavada en territorio poseido enteramente por infieles habia creido deber abandonar San Fernando despues de haber hecho flotar en lo alto de sus torres los estandartes que tan-

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

tas veces habia coronado la victoria. Unióse para la empresa con Diego de Merlo, asistente de Sevilla, con Pedro Enrique, adelantado mayor de Andalucía, con Pedro Zúñiga, conde de Miranda, con Juan de Robles, alcaide de Jerez, con Sancho de Ávila, alcaide de Carmona; reunió en Archidona hasta cuatro mil infantes y tres mil caballos; se dirigió de noche y con el mayor silencio al objeto de su conquista, llegó, ordenó de pronto el asalto del castillo, se apoderó de él pasando á degüello á cuantos moros lo defendian, puso luego en alarma la villa al son de cornetas y otros instrumentos de guerra, entró con todo el ejército por una puerta que le abrieron los que acababan de ocupar la fortaleza, y, á pesar de la desesperada defensa del vecindario, á pesar de lo obstruidas que estaban las calles, lo defendidas que estaban las casas con numerosas saeteras, lo resueltos que se mostraban los infieles á morir entre las ruinas de sus hogares antes que ceder al enemigo, pasó al través de cadáveres y sangre hasta los últimos confines de la villa, dejándola al fin vencida, confundida, anonadada. Nada era ya inespugnable para tan audaz cristiano; y con este hecho de armas lo puso tan de manifiesto que logró aterrar á todo el reino, logró aterrar hasta el mismo Muley, que al pronto apenas supo mas que dictar órdenes vagas y de muy tristes resultados.

Empeñóse, sin embargo, Muley en recobrar Alhama. Destacó en la misma noche de haber recibido la noticia mil de sus mas valientes caballeros. Al verlos entrar al siguiente dia llenos de abatimiento y tristeza llamó á las armas todas las ciudades de su monarquía, reunió hasta cincuenta mil infantes y tres mil caballos, y salió al frente del ejército con ánimo de no volver hasta dejar ganada la villa y vengadas en los cristianos las sombras de las víctimas. No bien hubo llegado ante Alhama cuando vió devorados por los perros los cadáveres de sus esforzados defensores; encendióse mas y mas en ira, y sin enterarse de los recursos con que contaban los cristianos, sin tomar en cuenta los peligros á que se esponia, lanzó sus soldados á la muralla presentándoles en perspectiva el saqueo, el placer de ver pasados por la espada todos los orgullosos castellanos. Podia convencerse á poco de cuán inútiles eran sus esfuerzos, porque caian sin cesar sus tropas precipitadas de lo alto de sus escalas bajo una lluvia de piedras, flechas y agua hirviendo; mas estaba ciego y enviaba unos

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA